

IGLESIA

Escándalos y renunciaciones como rutina: así se seculariza el papado

ECCLESIA

21-12-2022



Stefano
Fontana



Uno de los principales objetivos de Francisco fue y sigue siendo secularizar el papado. Se trata de reducir el pontificado a la humanidad de quienes lo encarnan en un momento dado. Reducción inevitable tras el "giro antropológico". Los encajes de la

abuela también deben ser eliminados del papado. También forma parte de este proyecto su reciente comunicación acerca su renuncia. Francesco le dijo [al diario español ABC](#): “Ya he firmado mi renuncia. Tarcisio Bertone era el secretario de Estado. La firmé y le dije: en caso de impedimento por razones médicas o algo, aquí está mi renuncia. Ya la tienes. No sé a quién se la dio el cardenal Bertone, pero yo se la di cuando era secretario de Estado”.

La secularización del papado se realiza sobre todo a través del contexto de la comunicación y de su forma expositiva. Llama la atención el uso de la palabra “renuncia” porque suele usarse para un presidente de un consejo de administración, un ministro de gobierno en dificultades, un entrenador de un equipo de fútbol, un empleado que ha encontrado otro trabajo. La misma palabra sobre el Papa suena muy mal. Como padre o madre, esposo o esposa, uno no renuncia. Como poeta, músico o educador no renuncias. Como hombres no renunciemos. Para sor Cristina, que dejó de lado el velo para subir al escenario, en los periódicos nadie utilizó la palabra renuncia. La prensa habló de renuncia, sin embargo, cuando Di Pietro se quitó la sotana en el aula para dedicarse a la vida política. Si el Papa habla de su dimisión, la gente acaba poniéndolo al mismo nivel que Draghi tras la moción de censura en el Parlamento. Decir que ha firmado su renuncia tiene, por lo tanto, un fuerte significado secularizador.

Luego está el desprecio no aleatorio del anuncio, unas pocas palabras descartadas como algo de poca importancia. Lo que se siembra en las grietas de una entrevista rápida no asume gran importancia a los ojos del lector. Se convierte en un detalle menor. En su declaración, Francisco hizo que su renuncia fuera algo natural, un paso que ahora se considera rutinario. Renunciar puede convertirse en un hábito, una cuestión de rutina, y será bastante sorprendente si, como San Juan Pablo II o León XIII, los papas permanecen en el cargo hasta el final. La banalización intencional de la información también se desprende de la referencia al cardenal Bertone: “No sé a quién se la habrá dado el cardenal Bertone...”. Como cuando en casa se dice: “pero sí, en algún lado estará..., ¿has probado debajo de la cama...?”. Quiere decir que esa cosa tiene poca importancia. Y luego las razones: “En caso de impedimento por cuestiones médicas o qué sé yo...”. Tal afirmación se parece a muchas Declaraciones de tratamiento anticipado para el final de la vida, con todas sus conocidas ambigüedades, además agravadas por un vacuo “... qué sé yo...”.

La renuncia del Papa, como es sabido, está prevista por el derecho canónico. Así que ese no es el problema. El camino de facto había sido abierto por Benedicto XVI en las formas que conocemos, con métodos aún por explorar y por razones que siguen

siendo un misterio. Lo cierto es que con esta declaración Francisco, al pasar por esa puerta, redujo a muy poca cosa la “renuncia” del Papa. Una expresión tan banal y trivializada presenta al papado como la ocupación de un puesto de trabajo a tiempo determinado, un servicio funcional que por alguna forma de incapacidad operativa del empleado requiere su renuncia.

Esta nueva acción de Francisco es llamativa pero no sorprende. Desde hace algún tiempo, sus palabras y sus actitudes muestran la reducción del pontificado a la cotidianidad humana. No nos referimos solo a ir a pie para comprar anteojos o llevar una bolsa en el avión, sino también a las manifestaciones de carácter inmediatas y abiertas, como enfadarse en público, regañar, amenazar, desmentir, decir y luego retirar, despedir desde hoy hasta mañana, contradecirse, cometer errores, golpear enemigos, degradar a los opositores, promover a los cercanos, presionar a los comisarios, mantener las primeras planas, expresar juicios políticos, conceder entrevistas imprudentes, no responder a las solicitudes de aclaración, no definir ni especificar nunca nada. Todo esto también contribuye a despojar al papado de sus vestiduras reales.

En una inspección más cercana, la actitud de Francisco en el asunto Rupnik también manifiesta la misma tendencia. Han habido contradicciones, retrasos, irrespeto a las normas, tolerancias indebidas, presiones y condicionamientos. Ha surgido un sistema interno del Vaticano para la protección de los “amigos”, que ya hemos visto en funcionamiento en los últimos años, especialmente, pero no solo, en el asunto McCarrick. Parece que las intervenciones desde lo alto pueden cancelar la necesidad de justicia y de derecho. Y esto también, en fin, es una forma de secularización del papado.